



ESCRIBIR PARA VIVIR RELATOS DE UN TIEMPO PARA OLVIDAR

ANA BELÉN CABALLO JEREZ



B	E	L	E	N	C	A	B
A	L	L	O	B	E	L	E
N	C	A	B	A	L	L	O
B	E	L	E	N	C	A	B
A	L	L	O	B	E	L	E
N	C	A	B	A	L	L	O
B	E	L	E	N	C	A	B

ESCRIBIR PARA VIVIR.
RELATOS DE UN TIEMPO
PARA OLVIDAR

BELÉN CABALLO

*A mi marido, mis hijas y todos aquellos que me han
ayudado a cumplir este sueño.*

ÍNDICE:

- Con permiso.....	10-11
- Arrugas.....	12-13
- Cuenta una historia Abuelo.....	14-19
- El ojo de la cerradura.....	20-21
- El anciano es como una fotografía en sepia.....	22-23
- El destino.....	24-25
- Adiós.....	26-29
- El día que salimos a la calle.....	30-31
- Prisas.....	32-33
- El gran árbol.....	34-35
- Aromas.....	36-37
- La cita.....	38-39
- Emerger.....	40-41
- La hija del relojero.....	42-43
- Entre fogones.....	44-45

- No estas sola	46-47
- La infancia es un himno a la inocencia perdida.....	48-49
- Lluvia.....	50-51
- La brisa	52-53
- La cajonera.....	54-55
- El bosque	56-57
- La espera	58-59
- Zapatos.....	60-61
- La cita.....	62-63
- La noche más larga.....	64-67
- La juguetería.....	68-69
- La llave	70-71
- Los Zapatos	72-73
- Los planes no salen siempre bien.....	74-75
- Soy un espejo.....	76-77
- La infancia sabe a pan con chocolate	78-79

- Sombrero de copa.....	80-81
- Otra pareja ideal.....	82-83
- Mi hermano.....	84-85
- Espejos desgastados	86-87
- Queridos fantasmas.....	88-89
- Otra copa	90-91

Ilustraciones realizadas por Clara Gerona.
Arfelimero.

Con permiso

Estoy ante la última puerta que debo de cruzar. Se supone que tenía que abrirse en el momento que yo llegara, pero creo que tendré que llamar.

Me enseñaron a llamar a las puertas cerradas y pedir permiso para entrar. Siempre he pensado que era porque llegué a este mundo sin avisar. Faltaba un mes para que yo naciera. Mi madre, famosa cantante de ópera, estaba en una recepción y se puso de parto. Esa fue la primera puerta que cruce sin permiso, la que me abría paso a la vida.

En mi larga existencia me he encontrado muchas puertas cerradas; la primera, la de la habitación de mi madre. Me culpaba del declive de su carrera. Mi vida pasaba entre una madre que no me quería y un padre ausente.

La única puerta que podía pasar sin pedir permiso era la de mi habitación. En ella me estaban esperando piratas, horribles criaturas marinas y dragones que vencía con mi espada. Mi mundo estaba entre esas cuatro paredes. Un día estaba por la mañana en la India y por la tarde estaba explorando el Polo Norte o la Luna. Con los años fueron reemplazados por actrices en blanco negro que se convirtieron en los mitos eróticos de mi calenturienta adolescencia. Ellas... y Elisenda, una de las chicas que ayudaban en casa, un poco mayor que yo. Estaba obsesionado con sus pechos generosos y sus formas redondeadas. La espiaba mientras se cambiaba. Un día descubrí que dejaba la puerta de su habitación entreabierta porque sabía que yo rondaba por el pasillo.

Me fui de casa en cuanto tuve oportunidad. Regresé tras la muerte de mi madre y fue entonces cuando abrí sin llamar la puerta de su habitación. Parecía un santuario dedicado a sí misma. Había retratos y fotos de cuando triunfaba por todo el mundo. Me llamó la atención un pequeño marco con una foto donde aparecíamos los dos sonriendo. No recordaba ese momento y sentí una rabia inmensa.

He llegado al final de mi vida y estoy, de nuevo, llamando ante lo creo que son las puertas del cielo.

Arrugas

Los rayos de sol se colaban furtivamente entre las cortinas. Uno de ellos le acarició y se despertó con una gran sonrisa. No era un sábado como otro cualquiera. Ese día todo le parecía más hermoso. Se miró en el espejo y creyó ver a una mujer diferente. Carmen recorrió muy despacio con su dedo índice cada arruga de su rostro y cada una de ellas le recordó un momento de su vida. Se habían forjado a base de llantos, pero también de sonrisas.

No podía creer que a sus años volviera a sentirse como una adolescente y se ruborizó. El amor había llamado de nuevo a una puerta que creyó cerrada para siempre con la muerte hacía ya dieciocho años de su amado Felipe.

Pablo había vuelto a aparecer en su vida. Se conocían desde que eran niños. Fue una casualidad que volvieran a reencontrarse una noche esperando en la entrada del Teatro Principal a sus respectivos amigos.

Se saludaron tímidamente, pero enseguida su conversación se fue animando entre recuerdos y anécdotas de una época que ya les quedaba muy lejana. No querían interrumpir el encuentro, pero no consiguieron encontrar ninguna excusa convincente para no entrar a ver la obra y, mientras escuchaban a Lola Herrera conversar con Mario, no dejaron de buscarse con la mirada entre las butacas.

Esa noche fue la primera de muchas.

Carmen sabía que tarde o temprano tendría que hablar con sus hijas. Le preocupaba la reacción de Clara. Últimamente se había cerrado mucho en sí misma. Sabía que la dependencia emocional de su hija pequeña con ella era casi enfermiza, pero ya tenía treinta años y debía encontrar su lugar en el mundo.

Cuenta una historia Abuelo.

- ¡Cuéntame otra vez la historia de las Grullas, abuelo! Que yo recuerde ésta es una de las frases que más repetí en mi infancia. Recuerdo con ilusión como organizábamos el viaje para ir al pequeño pueblo de Teruel donde vivían mis abuelos. Mi madre se pasaba tres días preparando paquetes para llevar. No podíamos ir tan a menudo como a mí me hubiera gustado porque estaba bastante lejos de Zaragoza. Íbamos en fechas señaladas y cuando mis padres podían juntar unos cuantos días de vacaciones.

La época de cosecha era la que más me gustaba. Nos juntábamos la familia, mis tíos y mis primos. Unos venían de Francia y otros de Madrid; era el único momento del año en el que estábamos todos juntos. Parecía Navidad: reinaba el buen humor y había intercambio de besos, abrazos y regalos.

Durante esos días el movimiento en la casa comenzaba cuando todavía no había amanecido. Las mujeres preparaban grandes cestas con pan, jamón, queso y tortillas para llevar al campo.

Los más pequeños nos dedicábamos a llevar el agua para beber o refrescarse. Las mujeres llevaban grandes sombreros de paja encima de un pañuelo atado a la cabeza para no quemarse con el sol.

Al final de la larga jornada se reflejaba el cansancio en sus rostros. Al atardecer llegaba el momento que yo estaba esperando.

Nos sentábamos todos alrededor de una gran mesa bien provista de viandas y bebida.

Los jornaleros también nos acompañaban y la conversación de los mayores se centraba en largo día de trabajo. Hablaban de la cantidad de cereal que se había recogido y cuantos días quedaban más o menos para terminar.

En el postre todo el mundo se relajaba y alguno se animaba a cantar alguna jota. Casi siempre solían ser el tío Anselmo y la tía Leonor los que nos hacían pasar un rato divertido con sus coplas de picadillo. Pero para mí el mejor momento era cuando mi abuelo se levantaba y decía:

- ¡Os voy a contar una historia!

Mi abuelo era un hombre sabio que trabajaba la tierra, pero sobre todo era un buen contador de historias de su pueblo, de la guerra civil y de lugares maravillosos que él solo había visto en los libros y que yo visitaba todas las noches en mis sueños.

Tenía las manos grandes y curtidas, forjadas por largas jornadas de trabajo cuidando la tierra que amaba y que le vio nacer. Sus ojos eran azules como el océano, aunque él nadaba y navegaba en un mar dorado de cereal. Le gustaba leer libros de aventuras, de caballería, de piratas, de misterio. Mi madre y mis tías se los llevaban cuando iban al pueblo y con el tiempo había conseguido hacer una pequeña biblioteca.

Cuando esa noche iba a comenzar su historia, preguntó:

- ¿Os he contado alguna vez la historia de las grullas?

Y entre silbidos, sonrisas y aplausos comenzaba su relato.

“Hace muchos años, vivía en el pueblo un hombre que se llamaba Jacinto, aunque todo el mundo lo llamaba “El Cabrero.” Una fría mañana de finales de octubre se levantó temprano como siempre; lo que no imaginaba es que ese día iba a ser el comienzo de una nueva vida para él.

Estaba en el corral ordeñando a Tola, su cabra más vieja, y vio que las gallinas se alborotaban. Pensó que otra vez el perro del tío Carpo las estaba molestando. Con un palo fue dispuesto a darle un buen garrotazo, pero se quedó sorprendido al ver que lo que las había asustado era un gran pájaro. Se acercó muy despacio a él mientras las gallinas seguían alborotadas, revoloteando y cacareando como locas. Siempre había pensado que eran unos animales muy estúpidos, aunque daban buenos huevos que luego vendía en el mercado.

Se quedó maravillado cuando vio aquel hermoso pájaro. Nunca había visto nada igual. Estaba mal herido así que pensó en coger otra vez el palo y acabar con su sufrimiento, pero cambió de idea cuando se quedó mirando al animal, supuso que solo podía ser un Ave del Paraíso y miró al cielo. No era un hombre religioso; había perdido la fe y las ganas de vivir cuando su mujer y su hija murieron de unas fiebres.

La metió en su casa, encendió la chimenea, y preparó un emplaste con hierbas que recogía en el campo y que conocía sus propiedades curativas, levantó con cuidado su ala mal herida y se lo fue aplicando con delicadeza. Ella se quedó quieta, como si supiera que eso es lo que debía hacer. Pasaron dos meses y el ave empezaba a recuperarse; incluso intentaba mover las alas para emprender el vuelo.

Jacinto se dio cuenta y se asustó. No quería volver a quedarse solo y le construyó una jaula con trozos de madera que le sobraban a Venancio el carpintero.

Cuando se iba al mercado la metía en la jaula. Con el paso de los días se dio cuenta que el animal estaba cada vez peor. Se le caían las plumas y su aspecto empezaba a parecerse al de una gallina y eso no lo podía permitir. Una mañana se levantó como siempre para ordeñar las cabras e ir a repartir la leche, pero ese día decidió que su preciosa ave iría con él.

Amarró a la mula Flora, la llamaba así en honor a una novia que tuvo que era muy terca y cabezota y no se casó con ella, y...

En ese momento a mi abuelo le asomó una sonrisa burlona en la cara y miró a mi tía, la hermana de mi abuela de reojo. Ella le devolvió la mirada con desdén; le había dejado el novio casi el mismo de la boda y desde entonces en el pueblo la llamaban “Adela la sincasar”.

... cargó las lecheras y la jaula y decidió que durante el reparto si veía un sitio adecuado la dejaría en libertad. Le habían hablado de un lugar donde había una gran laguna, así que tomó un desvío de la ruta y lo encontró. Era un paraje maravilloso y pensó que ese lugar debía de ser lo más parecido al paraíso de las aves.

Una vez al mes se desviaba de su ruta y pasaba para verla hasta que un día no la pudo encontrar. Jacinto se consoló pensando que quizás había vuelto al Paraíso de las aves, que era donde debía de pertenecer.

Pasaron dos años y Jacinto seguía haciendo su recorrido. De vez en cuando se desviaba con la esperanza de verla otra vez. Un día ocurrió el milagro. No podía creer lo que estaba viendo. Había cientos de ellas. Se quedó paralizado de la cabeza a los pies y cuando se dio cuenta de que lo que estaba viendo era real se puso muy nervioso al no poder distinguir a su pequeño trocito de cielo. De repente una de ellas salió volando y dio dos vueltas alrededor de él rozándole con las alas. A Jacinto se le iluminaron los ojos.

Desde entonces miles de ellas aparecen todos los años en ese lugar que se llama Laguna de Gallocanta y la gente dice que cuando llegan las grullas creen ver de nuevo a Jacinto jugando con ellas.”

Con el paso del tiempo las manos y las piernas de mi abuelo fueron perdiendo fuerza, pero su memoria de buen narrador de historias permanecía intacta. Cuando iba a visitarle le contaba mis viajes, le hablaba de Nueva York, de Roma, Paris... y le decía que él estaba siempre presente.

Una tarde, antes que su vida llegará a su fin cogí su mano y le dije:

-Abuelo, cuéntame otra vez la historia de Jacinto “el Cabrero” - Se quedó un momento mirándome con una sonrisa y en sus ojos creí ver el brillo dorado de los campos de cereal.

El ojo de la cerradura

Donde me encontraba no veía la luz del sol.

Todo lo que sabía del mundo exterior era porque lo observaba a través de lo que yo creía que era el ojo de una cerradura.

Sentía y oía la música que sonaba fuera. Entonces miraba y veía la sonrisa de mi padre mientras bailaba a ritmo de” Queen. Sentía esa alegría dentro de mi pequeño mundo. Otros días lo veía leer, mientras de fondo sonaban unos días arias de ópera, otros soul, a veces baladas de otro tiempo. A menudo cogía a mi madre entre sus brazos y se movían lentamente al ritmo de la música.

Yo sabía muchas cosas. Mi madre se encargaba de transmitirme todos sus conocimientos y yo los asimilaba como una esponja, aunque mis movimientos estaban limitados a un espacio que parecía empequeñecer con el paso de los días.

Un día me asusté muchísimo: el sonido de unos disparos y unos gritos me despertaron. No conocía a nadie de los de fuera; tampoco eran como las personas que estaba acostumbrado a ver. Eran planos y su voz sonaba con eco. Mis padres estaban tranquilos, así que comprendí que no era una situación de peligro y volví a dormirme.

Mi espacio cada vez era más pequeño. Los días pasaban y todos se mostraban muy cariñosos con mi madre. Venían mis abuelos con regalos y, de vez en cuando, las comidas familiares se alargaban hasta la noche. Oía las risas. También me llegaba el aroma de los guisos que se preparaban esos días previos a las fiestas de agosto.

Yo seguía en mi encierro cada vez más incomodo y agobiado. Un día oí unos ruidos ensordecedores. Me asomé al ojo de la cerradura y vi como subía un palo hasta el oscuro cielo y explotaba en mil luces de colores.

No podía más. Notaba como mi corazón latía cada vez más deprisa y deseé salir de allí. Comencé a empujar con todas mis fuerzas. Ya veía el exterior. Unas personas con mascarillas me asustaron y, por un momento,hg pensé en volver dentro. Ahora mi madre me tiene entre sus brazos y creo que voy a olvidar todo lo que os he contado.



El anciano es como una fotografía en sepia.

Desde que Adela era una niña siempre habían ido en época de cosecha al pueblo de su madre. Unos días antes se sentía emocionada porque para ella era el mejor momento del año.

Se reunían en casa de los abuelos toda la familia que iba llegando desde diferentes puntos de la geografía.

Después de largas jornadas de trabajo se juntaban alrededor de una gran mesa llena de ricas viandas que les ayudaban a recuperar fuerzas y, aunque el cansancio se reflejaba en sus rostros, siempre quedaban ánimos para entonar alguna jota o contar alguna anécdota del pueblo.

A Adela le encantaba estar con su abuelo. Para ella era un hombre sabio que siempre tenía alguna historia que narrar. El abuelo Tomás amaba la tierra y nunca le importó no ver el mar porque decía que él era como un marinero navegando en un mar de espigas doradas.

Adela evocaba todos esos recuerdos de la niñez mientras conducía por las estrechas carreteras comarcales llenas de baches que le guiaban otra vez de regreso al pueblo en el que tan buenos momentos pasó y en el que ahora se volvía a reunir toda la familia para dar su último adiós a un ser muy querido.

Conforme se iba acercando vio que en los campos ya no había siembra. Cuando bajo del coche notó como se escuchaba el silencio en unas calles que antaño estaban llenas de vida.

Al entrar en la casa encontró al abuelo Tomás sentado en su sillón sujetando con las manos temblorosas una antigua fotografía

en colores sepia de su amada Elvira.

De fondo sonaba en el viejo tocadiscos Machín y su canción “Toda una vida”.

El destino

Me llamo Eusebio Garcés y soy abogado. Eso pone en mi tarjeta de visita, pero no es mi verdadera identidad.

Como todas las tardes de esta calurosa primavera voy a visitar a Luisa. Ya estoy llegando y creo ver la silueta de la pequeña Águeda tejiendo junto al balcón.

Es una muchacha bonita e inteligente. Me gusta hablar con ella mientras espero a su hermana. Águeda también habría sido una buena candidata, pero su naturaleza física no la hubiera permitido pasar desapercibida.

Luisa ha resultado ser un buen fichaje. A lo largo de estos meses de formación, la hemos puesto a prueba en varias ocasiones y ha demostrado tener recursos de sobra para salvar cualquier imprevisto. Sabe hablar francés y pertenece a la clase media-alta de Madrid, lo que le da acceso a tener contacto con las hijas de las familias más influyentes de la capital.

Nos pusimos en contacto con ella a través de una de nuestras agentes, la profesora del colegio para señoritas donde cursó sus estudios, y no dudó en colaborar con nosotros. Demostró estar bien informada de los cambios que se están produciendo en España y en el resto de Europa.

La idea de que me hiciera pasar por abogado y que la pretendiera vino de las altas esferas. Hemos conseguido hacer un buen equipo. Nadie puede descubrir mi verdadera identidad. No podemos cometer ningún error y no deben sospechar de nuestros verdaderos propósitos.

He pedido su mano porque tenemos que fingir una boda. Es la única manera de poder viajar juntos. Luisa le ha dado un boceto a Águeda de lo que le gustaría que le bordara en los almohadones y en la colcha que nos va a hacer para el ajuar.

La chica se ha extrañado que quisiera entre las letras de nuestras iniciales tantas rayas y puntos. Luisa ya se ha encargado de decirle que quería algo sencillo. Nadie pensaría mirar una colcha como un mensaje en clave.

Nuestro próximo destino es el Norte de África.

Adiós

Coges la maleta y abandonas la casa. Lloras mientras tu madre cierra por última vez el gran portón con la vieja llave de hierro y piensas por qué se preocupa en cerrarla si ya nadie va a volver a entrar nunca más.

Miras a tu alrededor y vuelves a tu infancia. Crees volver a ver las sábanas blancas tendidas al sol para que se secan con el aire de las montañas y corrías entre ellas soñando que eran las velas de un barco pirata.

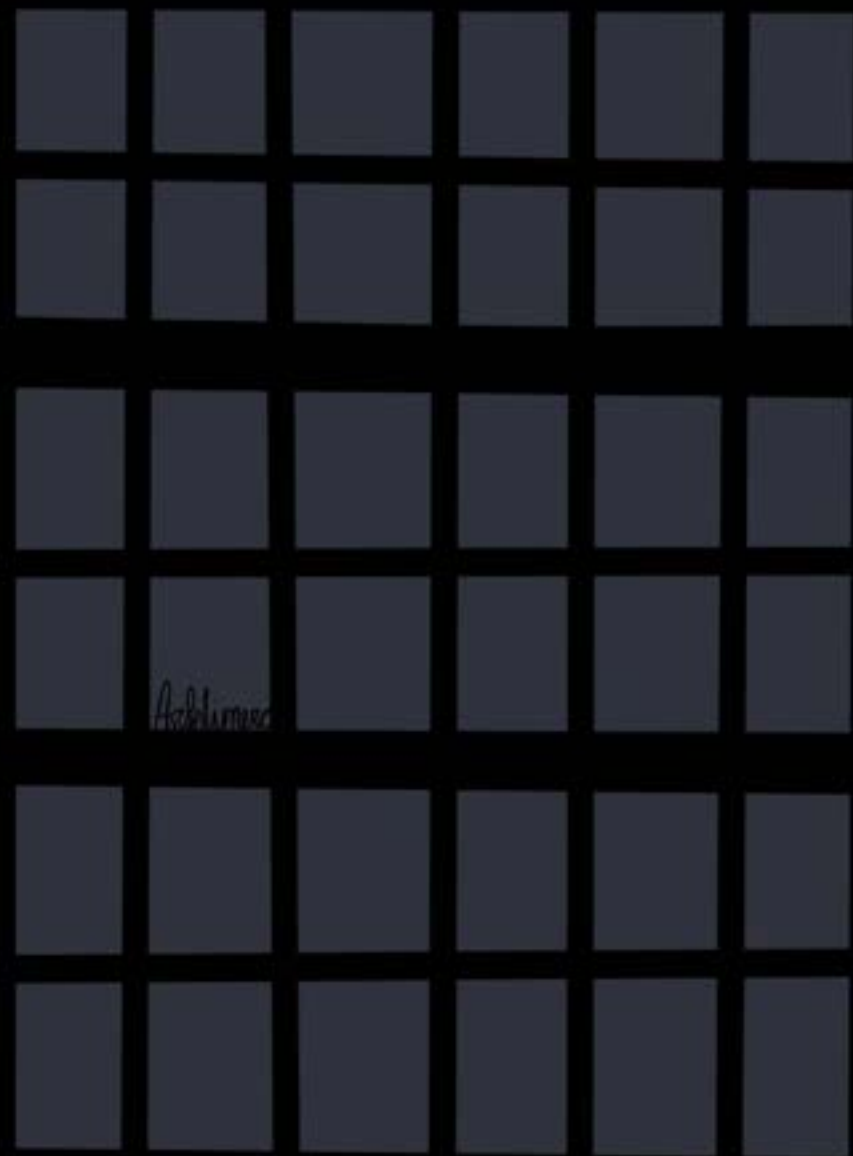
Te llega el sonido del pequeño riachuelo y recuerdas el escalofrío que te subía por la espalda cuando metías los pies descalzos en sus aguas tan cristalinas como heladas.

Ves a tus vecinos portando sus pertenencias y en ese momento te encuentras con la mirada llorosa de tu amigo Fede. Instintivamente te miras las rodillas y recuerdas cuando las llevabas llenas de costrones consecuencia de partidos interminables jugados con un viejo balón de cuero o de las carreras por las calles empedradas para llegar puntual a la escuela para que D. Matías no te diera una colleja.

Y entre meriendas de pan con chocolate y queso con membrillo leías a Julio Verne y soñabas con ver el mar.

Ahora todo eso queda muy lejano. Has luchado hasta el infinito para que tu hogar no naufragara en las aguas del pantano, pero nada se ha podido hacer.

El agua lo cubrirá todo y ya no podrás regresar. Dices adiós con la mirada cansada a esas tierras que te vieron nacer, mientras miras como la cigüeña ha vuelto, como todos los años, dispuesta a hacer su nido en la torre de la iglesia.



El día que salimos a la calle

Cada año desde que todo terminó, las familias se reúnen en una casa durante el mes de marzo y pasan una semana confinados. Los anfitriones empiezan a hacer los preparativos del encuentro unos días antes: llenan las neveras y almacenan rollos de papel higiénico.

Durante esa semana cierran completamente todos los comercios y solo funcionan los servicios básicos. A las ocho salimos a cantar y aplaudir por ventanas y balcones para dar las gracias a todas las personas que estuvieron luchando.

Desde que se terminó el confinamiento se han realizado cientos de películas, compuesto canciones, y escrito libros y poemas tratando el tema.

Este aniversario es más especial. Han pasado cincuenta años y los homenajes, conmemoraciones y fiestas se suceden.

Yo tenía veinte años. Formé parte de esa historia y por eso mis hijos nunca dejaron de preguntarme cómo nos sentimos durante el confinamiento y cómo era el mundo antes de este suceso.

Recuerdo el día que por fin pudimos ir saliendo poco a poco a la calle. El feliz reencuentro con la familia y los amigos. Nos volvimos a ver en los lugares de siempre y empezamos a retomar nuestras rutinas. Despedimos a los que habían fallecido con sinceros homenajes. Pero lo que no sabíamos es que, en realidad, todo había cambiado.

Se dejaron de fabricar armas nucleares.

Ese dinero se dedicó a investigar vacunas y medicamentos que pudieran luchar contra los virus, porque desde ese momento nos dimos cuenta de que éramos vulnerables ante organismos microscópicos que podían acabar con la humanidad.

Aprendimos que lo importante es ponerse en el lugar de otra persona, a rechazar cualquier actitud que nos pudiera dañar, a tener los brazos y la mente abiertos a nuevas expectativas, a convivir y hablar más entre nosotros, a mirar a nuestros vecinos de otra manera porque nadie es más que nadie, a querernos y cuidar a nuestros ancianos porque dentro de su fragilidad son el legado de lo que un día fuimos y, sobre todo, a saber que todos estamos de paso en este planeta llamado Tierra.

Prisas

El teléfono comenzó a sonar de madrugada. A esas horas en el barrio todavía no había comenzado la actividad y los vecinos dormían.

Era mi jefa:

-¡Daniel! Necesito que vengas a la redacción. Me han llamado diciéndome que ha aparecido y que no es ningún secreto que sólo quiera hablar contigo – su tono de voz estaba cargado de intensidad-.

Una ducha rápida y me vestí con prisas sin darme cuenta de que la camiseta que me había puesto era la que usé en el gimnasio el día anterior y desprendía un fuerte olor a mis liberadas endorfinas.

No encontraba las llaves del coche y la moto la tenía desde hace días sin gasolina. Decidí coger el metro; casi ni me acordaba de como se compraban los billetes.

Viajábamos pocos en el vagón y no entendía porque la gente cuando pasaba cerca se apartaba de mí con cara de asco. En mis círculos sociales tenía fama de ser un tipo agradable a la vista. Lo comprendí en el momento que me quite la mochila. Un efluvio desagradable me subió hasta la cabeza, advirtiéndole al señor con barba blanca, que está instalado en mi cerebro desde que era un niño y vi “Erase una vez el cuerpo humano”, que la próxima vez me tendría que avisar antes para no volver a ponerme esa camiseta.

Cuando llegué la ciudad ya empezaba a desperezarse y se veían los primeros madrugadores. Parecían muñecos de playmobil con sus vasos de cartón humeantes desprendiendo el aroma del café del despertar a un nuevo día.

En las oficinas del “Semanal” todavía no había movimiento. Estaban reunidos, mi jefa, mi editor, un general del ejército y la Ministra de Justicia.

Todos destacaron el gran trabajo que hice sacando a la luz las cuentas ocultas. En la sala de al lado me esperaba un abuelito emérito con corona que quería que lavaran su imagen en un artículo, y entonces me di cuenta de que el mal olor ya no provenía sólo de mi camiseta... y el señor con barba blanca que habitaba en mi cerebro se puso en alerta.

Andelimon

El gran árbol

Cuentan los ancianos de este reino que, no hace mucho tiempo, en el centro de una gran ciudad vivía un árbol centenario.

Estaba situado en una calle donde siempre transitaban muchas personas y se sentía querido y admirado. Cada primavera regalaba a los viandantes una copa inmensa llena de preciosas hojas que ayudaban a dar una sombra fresca y agradable los meses más calurosos del año. En invierno, descansaba. Sus hojas quedaban esparcidas por el suelo como si formaran un tapiz de recuerdos en naranja y se dormía esperando otro mes de abril.

Había pasado el invierno y empezó a despertar. Así, de sus ramas grises nacieron de nuevo unos pequeños brotes.

Se sintió desconcertado al ver la calle vacía y solo sintió soledad. Las ramas más altas le susurraron que estaban todos confinados en sus casas.

Le llegaron los sonidos de unos aplausos y pudo ver lágrimas que, junto con el sol, formaban bellos arcoíris en los balcones.

Los árboles tenían un acuerdo con las aves que se posaban y hacían los nidos en sus ramas. Ellos les daban cobijo y ellas, por su parte, les traían noticias de otros lares.

Un pequeño gorrión le contó al árbol que un monstruo diminuto y maligno tenía aterrorizados a los seres humanos y que por eso estaban cobijados en sus casas, protegiendo a sus seres queridos. Las casas sonaban villancicos y estaba nevando. Sorprendidos miraron a ese árbol que tenía la frondosidad de un mes de abril. Una sonrisa cálida apareció en sus rostros al saber que él les estaba regalando un trocito de la primavera robada al tiempo.

El árbol quería ayudar a esas personas que formaban parte de su memoria. Lo único que podía hacer era mostrarse hermoso para cuando volvieran a salir de nuevo.

Llegó el otoño y seguía estando maravilloso. Se encontraba muy cansado pues no quería perder ni una hoja. Madre naturaleza lo fue a visitar y le dijo que no podía luchar contra ella; se acercaba el invierno y tenía que descansar.

Desobedeció y siguió esperando. Cuando todos salieron de sus casas sonaban villancicos y estaba nevando. Sorprendidos miraron a ese árbol que tenía la frondosidad de un mes de abril.

Una sonrisa cálida apareció en sus rostros al saber que él les estaba regalando un trocito de la primavera robada al tiempo.

Aromas

Hoy ha venido el tío Alfredo a visitarnos y nos ha traído una caja de tomates recién cogidos de su campo. Los primeros de la temporada. Tienen un color rojo y brillante.

Desde que era pequeña me ha gustado oler los tomates. Elegía uno de la mata, me lo acercaba a la nariz y a continuación le daba un mordisco como si fuera una manzana.

Cojo uno de la caja y al sentir su aroma es como si hubiera comprado un pasaje para viajar al pasado y me veo otra vez de niña entre cuevas y callejas del pueblo que me vio crecer.

Puedo sentir la paz y la tranquilidad de unas calles llenas de silencio, de vez en cuando interrumpidas por el sonido del tren que, a su paso por el apeadero, emite una especie de silbato corto. Intento impregnarme otra vez de todos los aromas de mi infancia y, en mi viaje en el tiempo, soy capaz de percibir la fragancia de la tierra húmeda, del tomillo y manzanilla que nos regala el aire de la Sierra. Al pasar por la calle del "horno de Boni" el olor a pan recién horneado envuelve todos mis sentidos.

En el huerto observo a mi padre colocando las cañas en las tomateras. Mientras, me veo a mi misma con diez años sentada en la hierba húmeda con los pies metidos en el pequeño torrente de agua que trae la acequia.

Por los árboles frutales se cuelan los primeros rayos de sol de una preciosa mañana de verano y creo sentir el calor en mi rostro. Al intentar atrapar para siempre esa sensación vuelvo a mi presente y le doy un mordisco al tomate que tengo en mi mano como si fuera una manzana.



La cita

Después de tantos desvelos y demostrar su valía en tantas batallas perdidas, por fin su enamorada había aceptado encontrarse con él.

La casa todavía olía a quemado después del incendio de la biblioteca. Abrió la ventana de su habitación para que entrara aire fresco, pero un olor a orines y humedad le abofeteó en la cara haciéndolo contraer la nariz y, poniéndose el dorso de la mano en la boca, contuvo una arcada que le subió por la garganta.

Miró en su armario para decidir que atuendo era el mejor para la ocasión. En un lado estaban en perfecto orden jubones, medias y capas con sus respectivos sombreros y en el otro las armaduras bien pulidas y brillantes. De reojo vio su perfil reflejado en una de ellas. Hasta entonces no se había percatado de todas las secuelas que le había dejado en su cuerpo la batalla del día anterior con los gigantes.

Varios moratones asomaban en su piel y al rozar con sus dedos una herida que llevaba en el brazo notó un dolor punzante que le atravesó la piel. Hizo una pinza con sus dedos en el entrecejo, cerró fuertemente los ojos y respiró profundamente.

Necesitaba estar perfecto para su gran cita. Se sentía nervioso e ilusionado. No paraba de pasear descalzo de un lado a otro de la habitación y el contacto con el suelo frío y húmedo le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

Decidió que se pondría la armadura; necesitaba sentirse viril y valiente. Se la colocó con la ayuda de su fiel escudero y bajó como pudo las escaleras.

Una vez en la calle Alonso oyó unas carcajadas detrás de él. Era su querida Dulcinea señalándole y riéndose entre una muchedumbre que lo estaba esperando. Esa humillación le dolió tanto que notó como una zarpa agarró su corazón y lo partió en dos.

Un instante después, Don Quijote cayó inerte al suelo acompañado de un fuerte ruido metálico.

Emerger

Me dirijo entusiasmada al aparcamiento del Centro Comercial. He conseguido los regalos que querían mis hijas. Voy pensando en su cara de felicidad cuando abran los paquetes el Día de Reyes.

El tráfico está imposible y aprovecho para llamar a Rafa.

-¡Hola cariño! Por fin he encontrado los juguetes que querían las niñas. Por cierto: ¿han cenado ya? Llegaré un poco tarde- Mi marido me confirma que ya están preparadas para irse a dormir, pero me esperan para darme un beso.

El semáforo del puente se pone en verde y arranco. Un perro sin control con un niño corriendo tras él se cruzan delante de mí. Justo en ese momento doy un volantazo y rompo la valla de seguridad. Estoy cayendo en picado al Ebro. Hay un gran estruendo cuando el coche golpea el agua. Mi corazón late a mil por hora. Noto como voy hundiéndome en las frías aguas del río.

Todo se vuelve oscuro. Las luces del salpicadero parpadean. Veo mi reflejo en los cristales de la ventanilla. Siento como la ropa mojada se pega a mi cuerpo. Intento desesperadamente abrir la puerta y no puedo porque la presión que ejerce el agua me lo impide. Un grito se queda atrapado en mi garganta y no emito ningún sonido. El caudal va subiendo con rapidez. Me pego al techo y lucho por coger bocanadas de aire. Lloro desesperadamente. No quiero morir. Mis hijas y Rafa me esperan en casa.

-Tranquila. Estás a salvo- Me susurra una voz.

El coche por fin se para. He llegado al fondo. Estoy completamente sumergida. El agua lo cubre todo. No puedo respirar. Le doy repetidamente a la manivela de la puerta y por fin se abre.

Subo, pero ya no tengo aire en los pulmones. Diviso un reflejo de luz al final, quiero llegar, pero ya no puedo más. Mis ojos buscan espantados una salida y luego se cierran.

Cuando vuelvo abrirlos ya no siento frío. No lucho por respirar, un tubo me ayuda a hacerlo. Hay muchas luces a mí alrededor y oigo ruidos de sirenas.

La hija del relojero

Escuché las campanitas de la puerta. Un cliente había entrado en la relojería. En ese momento yo estaba estudiando en el taller de la trastienda. Levanté la cabeza del libro y miré hacia el mostrador: mi padre estaba atendiendo a Pablo, mi vecino del primero y mi amor secreto.

En esos momentos, los “cientos de relojes” que había por todas partes se pararon para mí. Dejé de escuchar el tic-tac que me acompañaba desde siempre. Ahora sólo oía el bombeo acelerado de mi corazón y noté como un calor ardiente subía hasta mis mejillas.

Un grito me despertó de mi estado febril

-¡Inés! ¿Estás bien? ¿No me oyes? –Mi padre, con un gesto de contrariedad, asomaba la cabeza por la puerta.

Me pidió que saliera un momento a buscar cambios. Creí morir.

Tenía que pasar por delante del chico que me quitaba el sueño. Salí con la mirada fija en el suelo.

Pablo era cuatro años mayor; para él yo, no era más que una niña. Se marchó a estudiar fuera de nuestra pequeña ciudad de provincias y casi conseguí olvidarme de él. Mis días transcurrían entre libros de contabilidad de la relojería de mi padre y horas de estudio para preparar mi acceso a la Universidad.

Nos volvimos a encontrar en un concierto. Mis amigos habían decidido ir ese viernes a ver a un joven cantautor que tocaba en un pequeño local.

Entonces lo vi. Estaba hablando con el músico. Parecía que se conocían.

Nuestras miradas se encontraron y le saludé. Le costó reconocerme, pero desde ese momento vinieron más encuentros, más conciertos, besos apasionados y manos furtivas por debajo de la ropa.

En el primer cumpleaños que celebrábamos juntos le regalé un disco de Cat Stevens y se lo dediqué aludiendo a una de sus canciones: “Quiero ser tu mujer cabezota”. Creo que lo entendió porque sonrió y me dijo que no encontraría a nadie con un cabeza tan sorprendente y dura como la mía.

Hoy miró los huecos en las estanterías... y sólo oigo el tic-tac del reloj.



Entre fogones

Aún no había amanecido cuando se levantó. Se pintó los labios con el carmín rosa- era el que más le gustaba-, se puso un poco de color en las mejillas y un toque de rímel. Se atusó el pelo; el día anterior había ido a la peluquería y lo llevaba perfecto. Cogió su bombona de oxígeno y bajó por el ascensor que la llevaba directamente a la planta del hostel donde se encontraba su sitio más querido desde hacía más de cincuenta años: la cocina.

Hacía dos días que había encargado a sus hijos todo lo necesario para preparar un gran banquete. A sus ochenta y tres años seguía preparando el cocido de los jueves para los huéspedes y parroquianos que se acercaban a comer. Pero esta vez iba a ser diferente. Quería despedirse de todos como mejor sabía, con una comida extraordinaria.

Una semana antes el Dr. Olivares le había informado de su estado de salud:

-Elvira. La fibrosis pulmonar que padeces está muy avanzada. El pronóstico no es bueno. Lo siento.

- ¿Con cuánto tiempo puedo contar? -le preguntó Elvira, un poco fatigada.

-Es muy relativo. En dos semanas muy posiblemente tendrás que ingresar en el hospital.

Estaba pensando en las palabras del Doctor mientras se encontraba rodeada de sus ollas y pucheros en la inmensa cocina. magia de antaño y una lágrima recorrió su rostro.

Se colocó orgullosa el delantal blanco con su nombre bordado y paseó su mirada por cada baldosa de ese lugar que tantas alegrías le había dado. Allí, entre esas cuatro paredes, había criado a sus cinco hijos y ahora era el momento de despedirse. Aspiró una bocanada de su bombona de oxígeno y se colocó frente a los fogones.

Ya tenía todo en marcha. Los caparrones con todos sus sacramentos en el fuego y el cordero en el horno. Los aromas de los guisos lo iban envolviendo todo.

Por un momento sintió que la comida fue todo un éxito. Todos sabían que se trataba de una despedida. Elvira rodeada de sus hijos, nietos y un gran número de amigos, respiró hondo y sonrió.

No estás sola

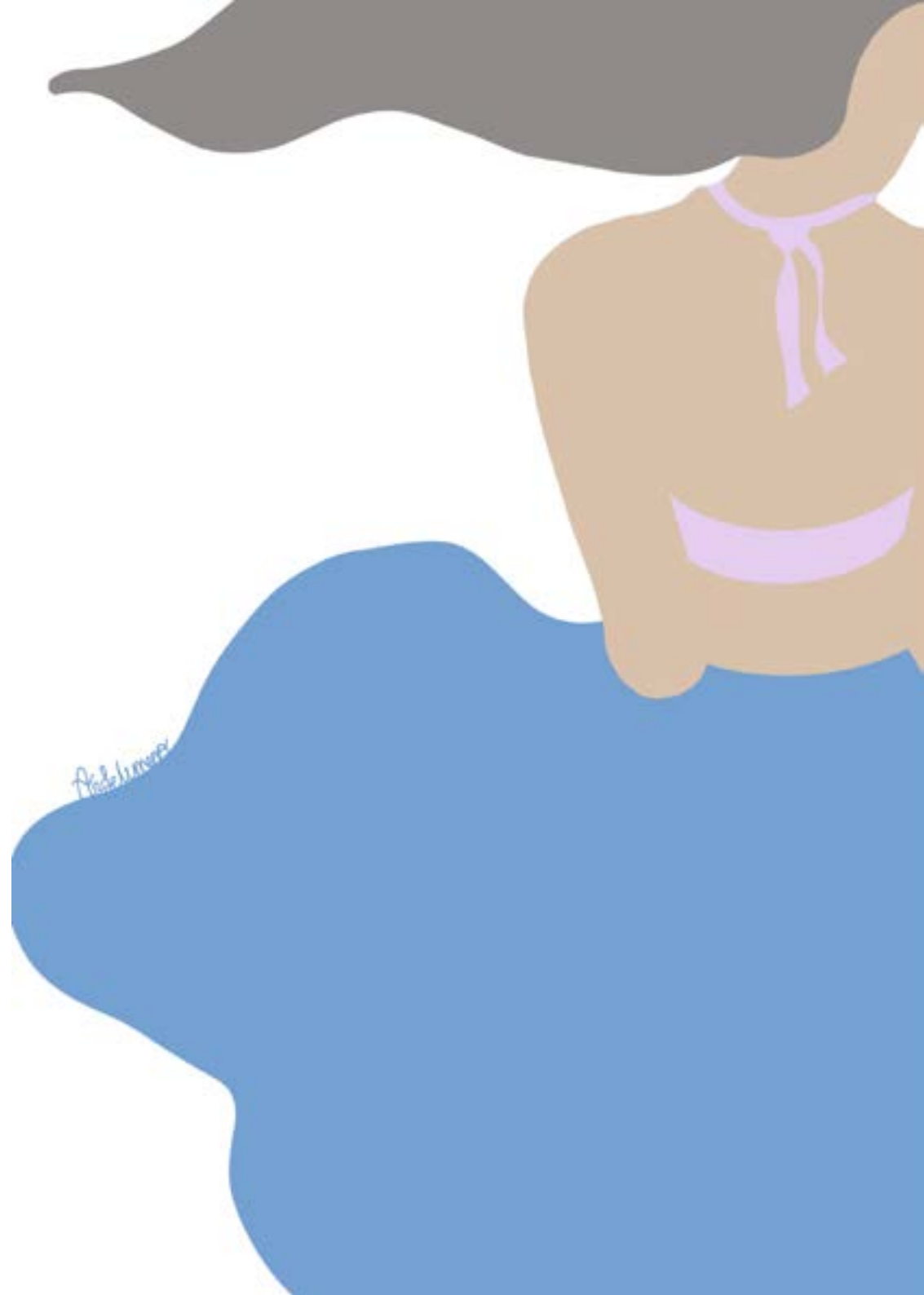
Cerré el despacho antes de hora y me dirigí al Centro Comercial. Como siempre, había esperado a última hora para comprar los regalos de Nochebuena. Entré en la tienda de juguetes y entonces la vi: era el diablo vestido de Elfo repartiendo sonrisas y caramelos a los niños. El labio inferior me empezó a temblar y, por un momento, creí que no iba a poder contener los esfínteres. Durante unos segundos me sentí como si volviera a tener quince años y el terror se apoderó de mí.

Se acercó, me miró de arriba abajo y me dijo sin dejar de masticar chicle mientras hacía pompitas con su lengua:

- ¡Tía! ¡Estás estupenda! ¡Quién lo hubiera dicho con lo mierdecilla que eras en el instituto!

Recuperé la compostura y levanté la cabeza para darle una contestación contundente. Entonces me di cuenta que llevaba unas marcas moradas en el cuello. Ella intentó disimularlas subiéndose las puntillas de aquel ridículo disfraz. La miré y le dije poniendo mi tarjeta profesional en su mano:

-No estás sola.



La infancia es un himno a la inocencia perdida

Había una vez un reino muy lejano donde siempre era primavera. Los pájaros trinaban en una alegre melodía, el sol brillaba esplendido y las personas que en él habitaban se mostraban hermosas y felices.

Lucas era un niño que crecía feliz en el reino. Tenía unos padres buenos y cariñosos. Su padre era maestro y todos los días iban juntos al colegio.

Cuando el sol se escondía, la familia se reunía alrededor de una gran mesa con ricas viandas.

Algunas noches había fuegos artificiales. Iluminaban el cielo.

Sonaban como si fueran truenos. A veces se oían tan cerca que temblaba todo alrededor. Cuando eso sucedía se escuchaba una sirena y entonces Lucas y sus padres bajaban a jugar al sótano.

Así iban pasando los meses. Un día que junto a su padre se dirigían felices a la escuela, unos soldados les pararon y se llevaron al padre de Lucas a empujones. Su padre sonreía y le decía que no se preocupara, que los soldados lo querían para que les diera unas clases y que pronto estaría de vuelta en casa.

Lucas se quedó solo en mitad del camino. Esa fue la primera vez en su corta vida que sintió angustia y miedo.

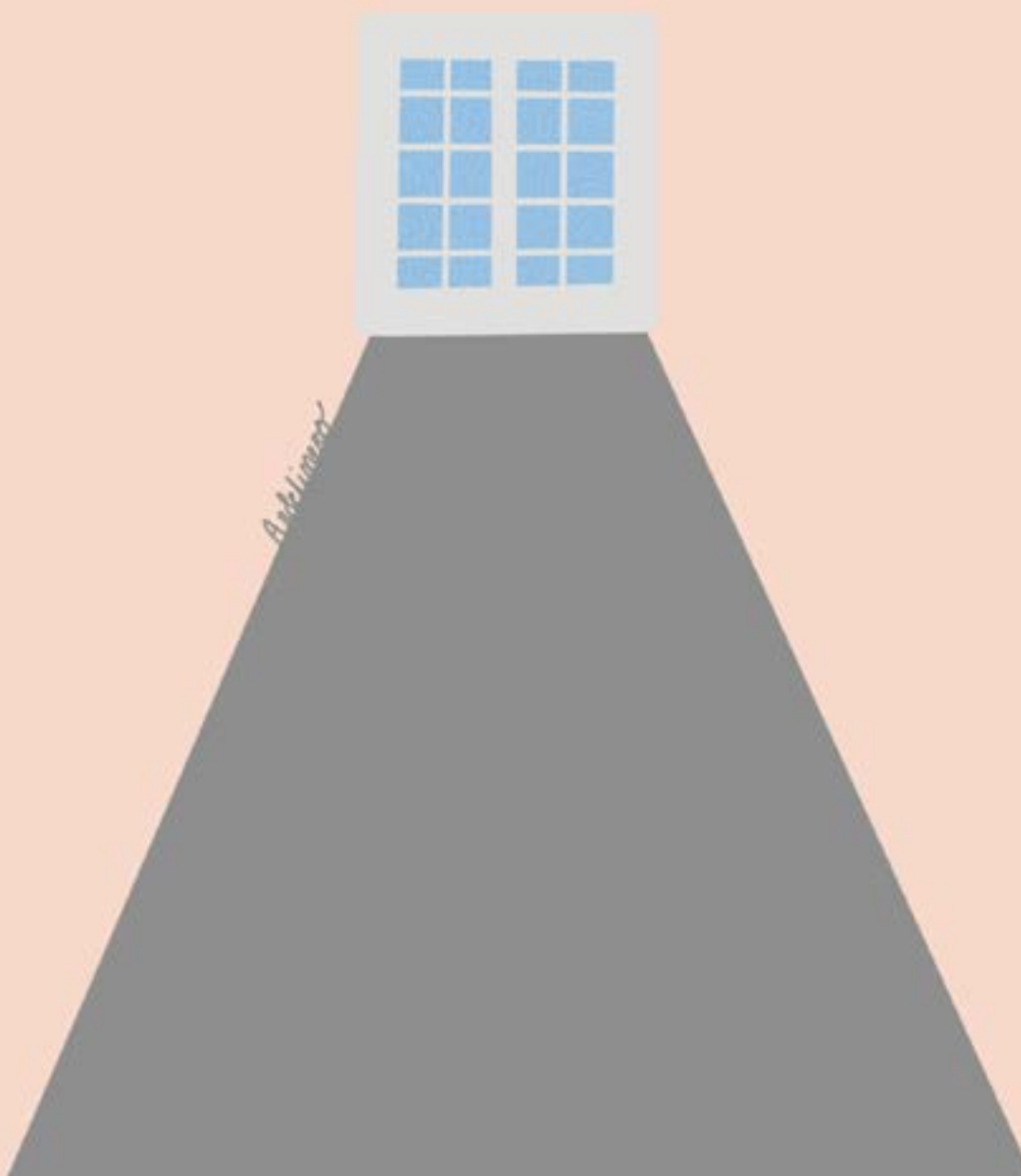
De regreso a casa percibió que todo lo que conocía hasta ese momento había cambiado. Las casas ya no eran bonitas y estaban destrozadas. La gente parecía gris, andaba sin rumbo, asustada.

Había soldados con rifles en cada calle, los pájaros no cantaban. Era como si un frío invernal se hubiese apoderado de todo y comenzó a temblar. Sus piernas flaquearon.

Consiguió llegar a su casa. Lo que hasta entonces había visto como un palacete no eran más que cuatro muros de piedra sujetándose a duras penas en unos troncos de madera. Miró a su madre.

Su rostro demacrado desprendía una gran tristeza y Lucas se abrazó fuertemente a su cuerpo menudo buscando de nuevo su infancia perdida.

Entonces observó como las luces resplandecientes volvieron a aparecer... y a su alrededor todo saltó por los aires.



Lluvia

Dejo que la fina lluvia me empape. Inspiro profundamente elevando mi mirada hacia el cielo color ceniza. Noto como se van apoderando de mí unas ganas terribles de llorar; mis lágrimas caen rodando por mi rostro mezclándose con las gotas de lluvia. Una sonrisa amarga asoma en mis labios al recordar que hubo un momento en el que creí que había perdido esa capacidad.

Son las siete de la mañana cuando salgo del hospital. Empieza un nuevo día que ya me parece viejo. La guardia de esta noche ha estado repleta de despedidas. Desde hace un tiempo soy yo quien coge las manos de los pacientes acompañándolos en el último adiós.

Cuando el desenlace está cerca, les pido a los familiares que me hablen de su ser querido e intento que, antes de irse, escuchen palabras que les arropan en su marcha. Hoy a Anselmo le he acariciado su mano mientras le hablaba del mar en el que tanto le gusta pescar con su pequeña barca. A Rosario le he susurrado que no tuviera miedo, que su querido Arturo la está esperando desde hace años. A Martina le he intentado transmitir que se fuera tranquila y que su familia estaba bien.

Sé que ellos me escuchan y sienten el contacto de mi piel cuando les doy la mano, aunque su cuerpo este inerte y sus ojos permanezcan cerrados.

Abro la puerta de mi casa desierta. Mi hogar está lleno de muebles, pero vacío de cariño. Nunca conocí a nadie al que darle mi amor. Mis recuerdos están en álbumes de fotos en blanco y negro. Y los hijos que no tuve solo viven en mis sueños. Estoy sola. Los que me quisieron ya no están.

Esta mañana me he hecho la prueba otra vez. Espero la llamada. -Lo siento, es positivo-me dice una voz neutra al otro lado de la línea.

¡Lo sabía! Los síntomas eran inequívocos. Me siento en el sofá con una copa de vino blanco y pienso “¿a quién le preguntarán cuando cojan mi mano?”

La brisa

Como todos los días, cruzo el umbral de la puerta imaginaria que me traslada del frío asfalto al camino empedrado del parque.

El ruido del tráfico queda atrás y en su lugar el sonido de las fuentes, el trino de los pájaros y el eco de los niños en la zona de juegos me envuelven. Recuerdo cuando mis hijos eran pequeños, les encantaba tirarse una y otra vez por el tobogán. En el columpio, mientras les empujaba, me decían:

-¡Fuerte mamá! ¡ Hasta el infinito y más allá!

Miro al cielo, hoy el día tiene una luz especial. El sol se cuela a través de las ramas de los árboles y crea efectos dorados sobre el césped, iluminando unas florecillas blancas que empiezan a brotar tímidamente.

Respiro profundamente intentando que todos los aromas de una incipiente primavera me llenen de esperanza, pero de repente un pitido fuerte y continuo hace que me tape los oídos. Todo va oscureciéndose a mi alrededor, perdiendo el color, y se va desvaneciendo como ceniza arrastrada por el viento. Nada es real.

Ahora recuerdo. Estoy en el hospital. Me trajeron hace una semana. Mi diagnóstico no era bueno: tenía el maldito virus y no me dejaba respirar. Pienso continuamente en mi hija. Está a punto de dar a luz y no puedo estar con ella. Siento como me falta el aire.

A mi alrededor médicos y enfermeras, tapados con mascarilla intentan devolverme a la vida, pero yo ya he abandonado mi cuerpo. Oigo al médico decir:

-Hora de la muerte: las 16.30h.

Me veo a mi misma en la cama, llena de tubos. De repente oigo la voz de mi hija, me está llamando. Se ha puesto de parto y está en el hospital.

El alumbramiento transcurre sin problemas. La vida, como la primavera, asoma tímidamente en un mundo adormecido. Tengo una nieta preciosa. Me acerco como una suave brisa, acaricio a mi hija y beso a mi nieta.

Mi hija cierra los ojos fuertemente. Sé que me ha sentido y dice bajito y suave:

-Te quiero, mamá.

La Cajonera

Me siento frente al ordenador dispuesta a escribir un relato. Llevo cinco minutos mirando mi pantalla en blanco y no he tecleado nada.

No me queda otro remedio que recurrir a “la cajonera”. Cierro fuertemente los ojos y me adentro en esa parte del cerebro donde tengo unos pequeños cajones en los que a lo largo de la vida voy metiendo de todo, como si fuera un gran desván en la azotea.

Antes de abrirlos prefiero mirar siempre por el ojo de la cerradura para saber lo que hay dentro. Y esto es lo que me voy encontrando:

-Retratos en color sepia colgados en la pared. Son una gran fuente de inspiración porque siempre tienen algo que contar.

-Una mesita con una taza de café humeante y, junto a ella, una pipa en un cenicero. Me llega el aroma del café.

- Noto el frío en mi piel. Veo un paisaje nevado con una pequeña cabaña de madera. Creo percibir la luz del fuego en la chimenea y junto a ella una pareja amándose.

- Me llega el sonido del mar y siento el salitre en mis labios. Al mirar observo un velero navegando.

-Hay uno que es más grande que los demás. Veo a mi familia, a los que están y a los que se fueron. Siento que me miran preguntándome ¿Cuándo hablarás de nosotros?

-Otro se mueve demasiado. Personajes de cuentos se agolpan intentando llamar mi atención.

- Miro por el que salen un eco de risas y aplausos. Es un personaje contando algo gracioso. Me da rabia porque no consigo lanzarme a escribir algo divertido.

-Ahora me llega el sonido de sirenas de coches de policía. Un señor con gabardina está tomando notas junto a una silueta dibujada en el suelo.

-Me agacho un poco para mirar por uno en el que se ven los reflejos de unas luces de neón. Sólo se ve un cartel grande donde se ve la palabra “EXIT”.

Y es el que abro sin pensarlo. Hoy no estoy para historias. Quizás mañana.



El bosque

Cuando salí a la calle me sentí como una exploradora intentando buscar el camino perdido y de mi boca salió un grito a lo Joaquín Sabina: ¡Quién me ha robado el mes de abril!

Los árboles de mi calle ya estaban en pleno esplendor. Son grandes y frondosos. También hay alguno ya con pequeñas florecillas. Uno de mis mayores placeres es verlos despertar tras haber estado durante el invierno cogiendo fuerzas para explotar llenos de vida.

Me gusta observar ese proceso que los árboles han ido diseñando durante decenas de miles de años. Cuando los días amanecen más luminosos y nos muestran las señales de que se acerca la primavera es cuando empiezo a contemplar como de esas ramas grises y sin vida comienzan a nacer unos pequeños brotes.

Este año no pude seguir su proceso y al salir sentí una rabia irracional al saber que el mundo había seguido rodando pese a todo. Me tomé un momento para observar en detalle mi entorno; al estar tan ofuscada no me había dado cuenta de que ahora los que teníamos que pasar ese proceso éramos nosotros. No estábamos programados para protegernos de las adversidades y necesitábamos volver a renacer como la naturaleza en la primavera. Con el tiempo las plantas han ido aprendiendo a adaptarse y a sobrevivir.

Ahora mi gran afición es mirar a las personas que tengo alrededor y descubrir como todos juntos vamos brotando a la vez, como si fuéramos un bosque.

La espera

Cuando llegué María ya estaba allí. Le reproché que hubiera llegado antes. Normalmente era yo el que siempre la tenía que esperar.

Miraba el reloj y me ponía nervioso cuando teníamos una reserva para cenar en un restaurante o para ver alguna obra de teatro de esas que rara vez llegan a nuestra ciudad de provincias. Ella me miraba con una de esas sonrisas que siempre han iluminado mi vida y me decía pasando su mano por mi pelo:

-No te preocupes. Tenemos tiempo de sobra- Tenía razón; nunca llegamos tarde a ningún sitio.

Sé que me está esperando. No me dice nada. Siempre he admirado su paciencia infinita conmigo.

Le he traído flores. Rosas blancas. Son sus favoritas. Espero que perdone mi tardanza y que sepa que ha llegado antes que yo en contra de mi voluntad.

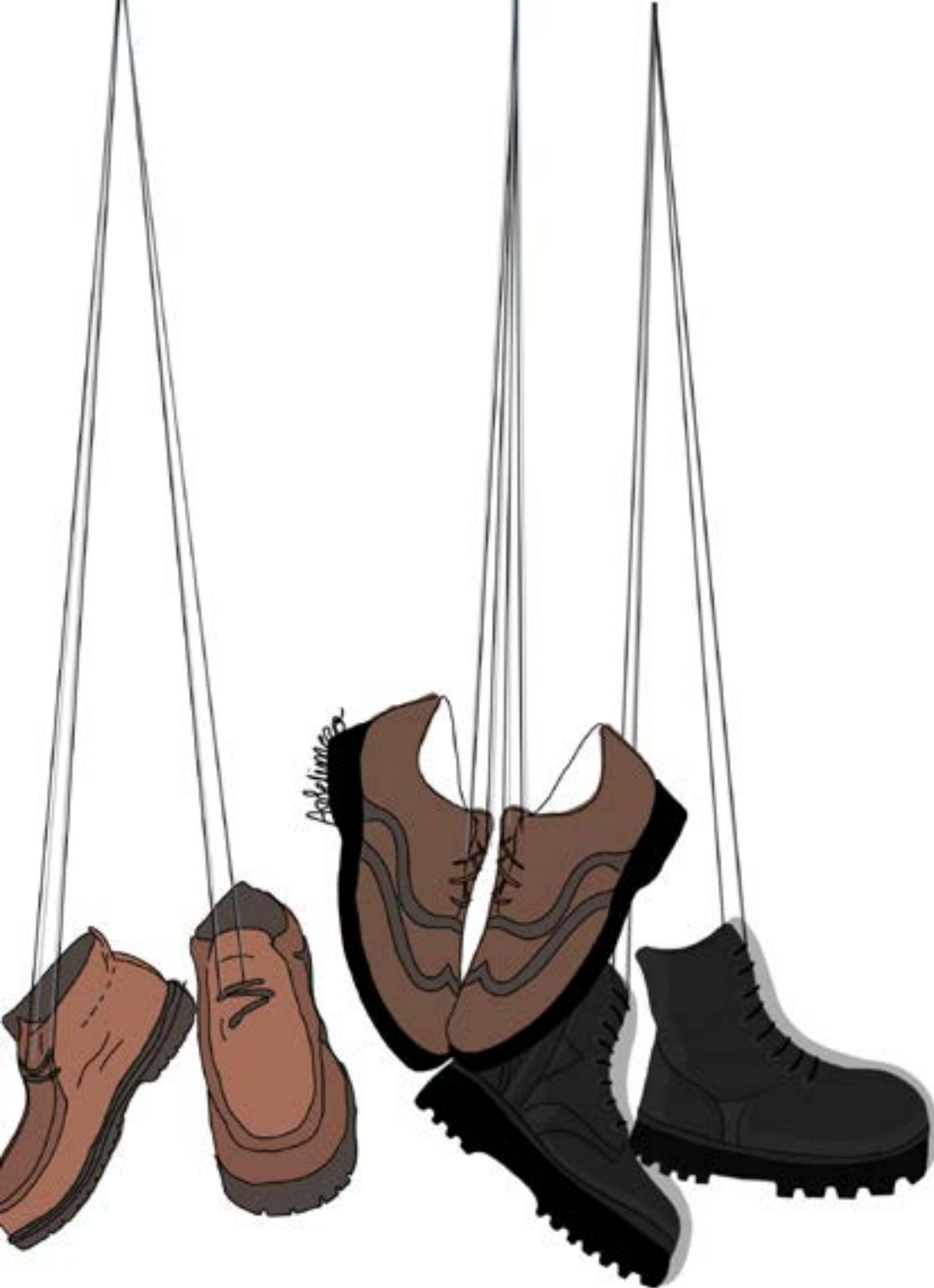
La mañana que se marchó estuvimos hablando de los planes para el fin de semana- un viaje con amigos a la Rioja-.

Nos despedimos como todos los días: un café, un te quiero, un beso y nos vemos a la hora de comer.

Esa misma mañana, en otro sitio de la ciudad, un médico salía de una guardia complicada. Cogió su coche deseando llegar a casa para descansar e intentar darles un beso a sus hijos antes de que se fueran al colegio.

Una caída de parpados involuntaria le provocó la pérdida del control del vehículo. No pudo evitar el atropello y el cuerpo de una mujer que se había despedido de su marido como todas las mañanas con un café, un beso y un te quiero, yacía inerte en el asfalto.

Le dejé las rosas, besé su nombre grabado en el frío mármol y me fui derramando unas lágrimas que me supieron a besos antiguos.



Zapatos

Se despertó y miró el reloj. Eran las cuatro de la tarde. Acercó la mano hasta la mesilla y cogió el paquete de tabaco y el mechero. Se reincorporó, se apoyó en el cabecero y encendió un cigarrillo. Suspiró y se tomó su tiempo para levantarse. La noche había sido muy dura y le dolía todo el cuerpo.

El balcón de la habitación estaba abierto; entraba una suave brisa que movía las cortinas blancas como si fueran velas de un barco. Se las quedó mirando y una lágrima recorrió su rostro, pero se la quitó bruscamente con el dorso de la mano. Siempre había sido una mujer fuerte. Nunca había necesitado que nadie la compadeciera. Aunque su vida no es la que hubiera gustado, todos los días se repetía así misma que ya estaba cerca el día en el que verdaderamente sería libre. Ya empezaba a ser muy mayor y a su hijo le quedaba un año para terminar el doctorado en Salamanca. Entonces ya no necesitaría su apoyo económico y ella, con poquito, podría vivir.

Se levantó muy despacio, estaba dolorida. Al poner los pies en el suelo, vio que junto a sus babuchas había unos zapatos de caballero. Se pasó una mano por la frente y pensó: “otra vez”. No entendía como sus clientes se podían ir descalzos. No todos iban tan colocados como para no darse cuenta.

Cogió los zapatos por las taloneras, enganchándolos con dos dedos de la mano, y los lanzó con fuerza dentro de un armario donde había cientos de ellos.

Había una gran variedad: de cuero, de plástico, de marca, de supermercado, nuevos, viejos, cuarteados, rotos, con las suelas desgastadas, con y sin hebillas, con cordones y sin ellos... pero todos tenían algo en común; estaban metidos en el mismo sitio. Lola sabía que se tenía deshacer de ellos, pero algo en su interior se lo impedía. Se miró en el espejo. Llevaba el maquillaje del día anterior extendido por la cara. Esa imagen le devolvió a su infancia y en como trataba de arreglar, pintándole la cara, una muñeca vieja y rota.

La cita

Por fin había llegado el día. Después de tantos desvelos y demostrar su valía en tantas batallas perdidas. Su enamorada había aceptado encontrarse con él.

La casa todavía olía a quemado tras el incendio de la biblioteca. Abrió la ventana de su habitación para que entrara aire fresco, pero un olor a orines y humedad le abofeteó en la cara haciéndole contraer la nariz; al momento colocó el dorso de la mano en la boca y contuvo una arcada que le subió por la garganta.

Miró en su armario para decidir qué atuendo era el mejor para la ocasión. En un lado estaban en perfecto orden, jubones, medias y capas con sus respectivos sombreros y, en el otro, las armaduras bien pulidas y brillantes. De reojo vio su perfil reflejado en una de ellas. Hasta entonces no se había percatado de todas las secuelas que le había dejado en su cuerpo la batalla del día anterior con los gigantes. Varios moratones asomaban en su piel y, al rozar con sus dedos una herida que llevaba en el brazo, notó un dolor punzante que le atravesó. Hizo una pinza con sus dedos en el entrecejo, cerró fuertemente los ojos, respiró profundamente y se sintió más aliviado.

Necesitaba estar perfecto para su gran cita. Se sentía nervioso e ilusionado. No paraba de pasear de un lado a otro de la habitación descalzo y el contacto con el suelo frío y húmedo le provocó un escalofrío que recorrió su triste figura.

Decidió que se pondría la armadura. Necesitaba sentirse viril y valiente. Se la colocó con la ayuda de su fiel escudero y bajó, como pudo con las piernas rígidas y estiradas, las escaleras. Al pisar la calle, el hidalgo caballero oyó unas carcajadas.

Era su querida Dulcinea señalándole y riéndose junto a una muchedumbre que lo estaba esperando para burlarse.

Se sintió humillado por su amada y notó, de repente, como una zarpa le partía en dos el corazón.

Un instante después Don Quijote cayó al suelo, inerte, acompañado de un fuerte sonido metálico.

La noche más larga

Sabía que esa noche iba a ser la más larga. Malena llevaba tiempo entrenando para cuando llegara ese momento. El camino le había enseñado que, aunque te falte el aire por ese desnivel que parece interminable, siempre hay una recompensa al final del recorrido. Ahora respiraba gracias a un pulmón externo y su cuerpo reposaba en una cama de una gran sala de exposiciones reconvertida en hospital provisional.

Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir ya no se encontraba allí. Su mente consiguió derribar todos los muros y sintió las piedras del sendero bajo sus pies. Observó que llevaba puestas sus viejas botas Boreal. Inspiró por la nariz impregnándose de todos los aromas que le brindaba la madre naturaleza. Miró al horizonte y ante ella se mostró la Sierra, llamándola, para que volviera a recorrer cada uno de sus bellos rincones.

Pensaba que esta vez el camino lo tendría que recorrer sola, pero se equivocaba. Oyó crujir las pequeñas ramas esparcidas por el sendero y vio aparecer a todos los que le habían acompañado a lo largo de sus años de travesía por la vida y por el mundo. Sonrió al recordar el proverbio africano “Si quieres ir rápido, camina solo, pero si quieres llegar lejos, camina acompañado”.

Malena sintió que el frescor de la mañana le abrazaba. Los primeros rayos de sol del alba iluminaban las cimas de las colinas, prediciendo que el día iba a comenzar colmado de desafíos que le llegaban en forma de ecos antiguos y lejanos.

Empezaron a andar entre sonrisas en las que se saboreaba la complicidad de los amigos que mil veces han hecho juntos el camino. Atravesaron un pequeño pueblo que parecía acunado por los brazos protectores de las montañas. Sus vecinos recibían un nuevo día saludando a los andarines que rompían el sonido del silencio.

Dejaron la aldea atrás y comenzaron a subir por un pequeño sendero. La tierra les recibía con el aroma a ozono que había dejado la lluviosa noche de primavera. Conforme iban ascendiendo la vegetación les iba arropando y la brisa les regalaba el perfume de las plantas aromáticas que poblaban el gran jardín natural de la vida. A su paso, les flanqueaban las sendas viejos robles, encinas y carrascas tapizando de bellos recuerdos la memoria del caminante.

-¡Malenaaa! ¡Ánimo! ¡Tú puedes!-le gritaban sus amigos. Sabían que a ella siempre le costaba un poco más subir.

Ya quedaba menos para llegar a la cima. Había más piedras y, de vez en cuando, los resbalones eran inevitables; había que fijar muy bien los pies y la mirada al suelo.

Estaban a punto de llegar. Se podía apreciar que aún quedaba algo de nieve en la cumbre y el aire traía los fríos del invierno perdido.

Malena se sentó derrotada, dándose por vencida. Tenía las rodillas rígidas y el aire apenas le llegaba a los pulmones. Sus compañeros hicieron un círculo protector a su alrededor.

-Estoy muy cansada, marchad sin mí- dijo en un susurro con la mirada clavada en el suelo.

- Ya sabes que no dejamos a nadie atrás. Tenemos que llegar todos juntos. La montaña a veces nos lo pone difícil y nosotros nunca nos rendimos.

Se levantó con dificultad recordando las enseñanzas de su padre, “no hay que reblar ante las dificultades”, y las lecciones que había aprendido de la montaña y el camino, “aunque pienses que ya has llegado al límite, siempre quedan fuerzas para el último tramo”

Junto a sus compañeros hizo cumbre. Se soltó el pelo que llevaba recogido en una coleta y dejó que el aire de la cima acariciara cada uno de sus rubios mechones.

Cerró sus grandes ojos color ámbar y sintió como se le erizaba el vello en cada parte de su cuerpo. Lo había conseguido y grito al viento:

-¡Soy Malena y estoy viva!

En ese momento escuchó una voz que le susurraba:

-Malena, respira profundamente-

Respiró profundamente creyéndose todavía en la cumbre. Algo salió de su interior disparado y abrió los ojos. Al toser, notó como una bocanada de aire invadió sus pulmones. Llegaron a sus oídos unos aplausos y pudo ver el verde de su montaña transformado en personas llorando y celebrando su vuelta a la vida.

Entonces entendió que había coronado la cumbre más difícil y lo había conseguido gracias a sus compañeros de camino.

Volvió su rostro hacia un gran ventanal y pudo ver como el sol comenzaba a iluminar un nuevo día que le decía:

-¡Te espero! ¡Sonríe!



La juguetería

Ahora que mi tiempo se acaba, voy recordando retazos de mi existencia. De lo que más satisfecho estoy es de haber disfrutado cada segundo de mi larga vida y, seguramente en parte, se lo debo a mi trabajo que siempre me dio grandes satisfacciones.

Cada pieza tenía que encajar a la perfección. Recuerdo como le daba forma a la hojalata para terminar convirtiéndose en una locomotora, un coche de carreras, en una moto, en un avión... que una vez pintados los colocaba cuidadosamente en las estanterías y en el escaparate junto a muñecas con cara de porcelana y vestidos de encajes.

Navidad era la época de más trabajo y casi no veía a Julia, mi mujer. El destino quiso que viviéramos rodeados de juguetes, pero no de niños. En nuestra casa reinaba el silencio, excepto cuando me daba por probar alguna caja de música. Les daba cuerda y nos quedábamos embobados viendo como lentamente una bailarina giraba sobre sí misma.

Tanto Julia como yo siempre hemos sido personas a las que les ha gustado pasar por la vida sin hacer ruido. Hubo unos años en los que la rutina y el silencio se hicieron hueco en nuestra vida como una espesa niebla que lo va cubriendo todo.

Pero todo cambió un mes de diciembre de 1940. Estaba adornando el escaparate con las mejores piezas e intentando reflejar la magia de la Navidad. Entonces los vi: un niño y una niña de unos seis años pegaban sus pequeñas narices al cristal abriendo exageradamente la boca y los ojos.

Sonreí al ver su expresión de admiración, pero cuando los observé más detenidamente, intuí unos cuerpos famélicos debajo de la ropa desgastada. A continuación, una joven los cogió cariñosamente de la mano, mirándome avergonzada, mientras ellos señalaban con el dedo los juguetes.

Esa noche hablé con Julia. Durante el año fabricaríamos más y tendríamos de sobra para Navidad.

Nuestra campaña de “ningún niño sin juguete” fue un éxito. Incluso muchos comerciantes de la zona pusieron su granito de arena

A partir de ese momento nuestra casa se convirtió en un ir y venir de niños, que crecieron y nos siguieron acompañando siempre.

La llave

El mago abrió el candado antes de que el agua llegara a sus pulmones. Había realizado ese número “millones” de veces y nunca había tenido ningún contratiempo. Ese día la llave no estaba donde siempre, pero consiguió salir de forma agónica en el último momento.

Aun así, su corazón no aguantó la presión y murió en el escenario, ante la estupefacción del público.

Esa mañana Elsa, la ayudante del mago, escuchó una conversación mientras se fumaba un cigarrillo a escondidas junto a la escalera que subía a la azotea del teatro. En ese momento el gran ilusionista hablaba con su representante y ella supo que sería su última actuación juntos porque le oyó decir que se retiraba de los escenarios al haber encontrado a la mujer de su vida fuera de ese mundo del espectáculo, y querían irse a vivir a un lugar tranquilo.

Mientras Elsa recordaba todo lo acontecido ese día y contemplaba el cadáver del mago llegaron el forense y la policía para intentar buscar pistas acerca de la muerte del artista.

Empezaron realizando preguntas a los más cercanos. Cuando llegó el turno de la ayudante del prestidigitador, ésta se mostró muy nerviosa y, entre sollozos, confesó que estaba enamorada del gran mago desde que lo conoció. Al ver que le era difícil hablar en ese momento el policía le dio su tarjeta por si más adelante recordaba algún detalle sospechoso de aquella fatídica representación. Elsa se secó las lágrimas y guardó la tarjeta en el bolsillo de su chaqueta, junto a una llave pequeña y un poco oxidada.



Los zapatos

La función había sido un éxito. Comenzaba la gira que le llevaría durante un mes por Europa. En un principio iba a ser la sustituta de “la gran Juliet”. Sabía que ella era mejor, aunque el director del ballet nacional no la tuviera en cuenta desde el primer momento. El día del ensayo general lo tenía todo pensado: cambiaría las puntas de las zapatillas de Juliet.

Fue un accidente terrible. Nadie podía explicarse la caída que tuvo la primera bailarina. La rodilla se le quedó doblada haciendo un ángulo imposible.

Tras llevarse al hospital a la pobre Juliet entre sollozos, la función continuó y la sustituyó Matilde con una sonrisa en los labios de la que nadie se dio cuenta.

Esa noche Matilde se durmió sabiendo que ese era el momento en el que su carrera comenzaba a despegar.

A la mañana siguiente se despertó y lo primero que hizo fue dirigir la mirada hacia la cómoda donde la noche anterior había colocado un jarrón de cristal con el hermoso ramo de rosas rojas que le habían regalado después de su gran actuación.

Tenía la ventana del balcón abierto y una suave brisa que movía las cortinas blancas le hizo estremecerse. Se levantó para cerrarlo y entonces los vio. Unos preciosos zapatos de seda, color ámbar, adornados en el centro con una esmeralda. Su gran ego le hizo pensar que quizás un admirador había dado órdenes en el hotel para que se los dejaran en su habitación.

Comprobó que eran de su número y al ponérselos, la brisa se convirtió en un huracán que recorrió toda la estancia. Después un tornado la envolvió y la arrastró al exterior por el balcón, trasladándola hasta un castillo situado en lo alto de una colina, junto a un gran lago, y la dejó ante la presencia de una bella mujer que se presentó como la madrina de Juliet. Matilde estaba muy asustada y pidió que la dejara marchar, pero la dama le echó una maldición: “bailaría sin descanso hasta el final de sus días”.

Los planes no salen siempre bien

Me preparé un baño caliente. Creía que así me relajaría.

-Toc, Toc, Mamá, mamá

- ¿Qué pasa Julia? - ¡No me lo podía creer! No me había metido en la bañera y ya me estaba llamando.

-Es la policía- dijo mi hija asustada.

El día había empezado mal y tenía todas las papeletas para acabar peor.

-¿La policía? ¿Qué quieren? - pregunté en un tono lo más neutro posible- ¡Diles que estoy en la bañera y que ahora salgo!

-Se lo he dicho, pero me dicen que tienen una orden de registro y que quieren tomarte declaración. Ya les he explicado que eres una sosa ama de casa y que se han confundido de piso. Les he comentado que posiblemente estén buscando a “La Antonia”, que vive justo arriba, y me han dicho que a ella se la han llevado a declarar a comisaría.

Pensé: “¡Vaya! ¡A Antonia ya la han pillado!”. Miré a mí alrededor. Mi única opción era la ventana; total sólo eran dos pisos.

Esa mañana los planes no salieron bien.

El atraco al banco estaba preparado al milímetro (como siempre), pero al final todo se fue al garete.

Antonia se presentó con Lucas, su nieto de dos años. Se había levantado con fiebre y no lo podían llevar a la guardería. Lucía tenía en la cabeza a su nuevo ligue. Había quedado con él más tarde y vino con unos stiletos de ocho centímetros. Inés tenía que traer el Mercedes de su marido y vino con su Seat Panda.

Las mire y dije:

-Chicas, así no se puede

Al final me convencieron. Nos pusimos las caretas de Minnie.

A Lucas le tuvimos que improvisar un antifaz con el sujetador negro de Inés y le convencimos haciéndole creer que era un vengador.

Una vez dentro de la sucursal al cajero le dio tiempo de activar la alarma. Salimos corriendo sin el botín. El problema fue que nos olvidamos a Lucas con el sujetador negro en la cara.

Soy un espejo

Soy un espejo y tengo la suerte de llevar más de un siglo en una suite del Gran Hotel. Estoy estratégicamente colocado en una de las puertas frontales de un armario ropero. Me fabricaron en el mejor taller de cristal de Venecia y mi función es reflejar la imagen de los que se colocan ante mí.

Puede ser que lo que hago parezca simple a primera vista, pero es muy complicado.

Por delante de mí han pasado muchas personalidades: reyes, estrellas del rock, toreros que vi llegar, pero no marcharse... Posiblemente a quién mas echo de menos es a Teresa; la vi envejecer. Cada día pasaba un trapo de algodón por mi superficie y me cantaba una copla con movimientos exagerados de las manos.

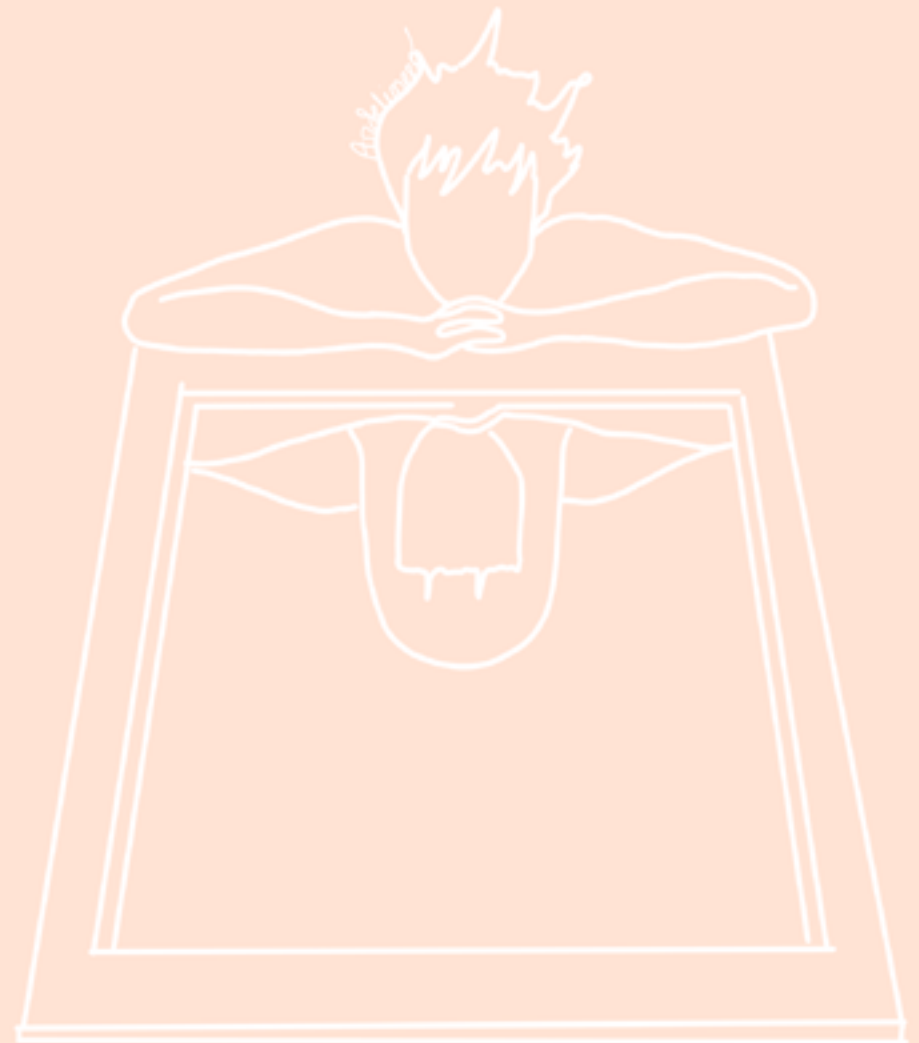
Algunos piensan que soy un espejo retrovisor y que puedo reflejar su imagen del pasado y devolverles la juventud perdida; yo no tengo la culpa del paso del tiempo. Otros me ven como una amenaza para su autoestima y se miran con desconfianza sin gustarles lo que ven.

Yo no reflejo el alma de las personas, sólo proyecto la luz. Aunque sé que hay quién intenta buscar en mí algo más allá de su propio perfil físico y se ven atrapados en su vanidad. No enseño el interior, pero sé como reflejar el estado de ánimo. No puedo reflejar si son buenas o malas personas, pero sí, si están tristes o felices.

Después de tantos años he ido viendo como los que pasan ante mí se miran de manera diferente según la época que les ha tocado vivir.

He vivido tiempos de guerra y la tristeza se ha reflejado en cada uno de ellos. He pasado una dictadura y he visto como escondían libros prohibidos en un compartimento del armario.

He visto los ochenta y su moda extrema, y ahora observo con preocupación cuerpos delgados hasta la extenuación. No todos se enfrentan a mí de la misma forma y aunque tienen poco en común, nadie puede pasar frente a mí sin mirarse buscando lo mismo: mi aprobación.



La infancia sabe a pan con chocolate

Mi infancia sabe a pan con chocolate. Esa merienda que me preparaba “Mamá Luisa” era lo único que tenía en común con otros niños de aquella época.

Mamá Luisa tenía la piel color caramelo. Sus ojos eran una ventana al mar y su cuerpo orondo desprendía el aroma de los cocoteros. Vestía con ropas de mil colores aunque fuera invierno.

Era una rareza exótica en el Madrid gris y herido de los setenta.

Mis padres eran arqueólogos. La mayor parte del año la pasaban dando conferencias y visitando yacimientos por todo el mundo.

Recuerdo especialmente una tarde de otoño. Tenía diez años y llegué del colegio despeinada, con el uniforme roto y llorando. -¿Qué te ha “pasao” mi niña? – me dijo con su acento caribeño.

-¡Laurita Ochoa me ha dicho que mis padres no me quieren porque soy un asco... que por eso me cuida una negra! La he empujado y se ha lanzado a por mí- me expresé como pude entre hipo y sollozos.

Mamá Luisa me dio un abrazo de cuna y noté como su voz de terciopelo me iba arropando.

- Tengo una casita junto al mar, con un pequeño jardín. Muchos años antes de que yo naciera alguien plantó un tamarindo. Ha soportado tormentas y huracanes, pero ha resistido el paso del tiempo y todos los años nos regala unas hermosas flores.

La miré con interés y me susurró:

-¡Mi niña Julia! Tienes que ser un bello tamarindo.

A continuación me dio un trozo de chocolate con pan. Creía que era la mejor cura para los dolores del alma.

Me pidió con una gran sonrisa que le trajera su costurero. Sacó una especie de muñequita de trapo. Me dijo que era un alfiletero y que fuera clavando las agujas en ella.

Al día siguiente entré al colegio pensando en solucionar mis problemas con Laurita, pero no estaba. Tardó un mes en venir aquejada, según nos dijeron, de fuertes dolores musculares.

Cuando cumplí dieciséis años Mamá Luisa regresó a su casa y me dejó como recuerdo su “caja de costura”.



Sombrero de Copa

Entra sigilosamente en la habitación y esconde la pistola debajo de la cama, junto a viejos folletos de agencias de viajes y recortes de periódico.

Esa mañana bajó a desayunar como todos los días. Observó fugazmente el comedor que a esa hora estaba ocupado por los que, como ella, se podían valer por sí mismos y residían en la primera planta. Lo buscó y se encontró con su mirada. Estaba esperando que le hiciera algún gesto. Ella levantó levemente el mentón haciéndole entender que todo estaba bien.

Era sábado y la residencia estaba más animada que el resto de la semana. Un ir y venir de familiares hacía que el ambiente fuera más festivo.

Esa noche después de la cena tenían que escabullirse, como muchas otras veces, por las ventanas de sus habitaciones. Ella se pondría su vestido de lentejuelas, él su esmoquin negro con pajarita. Tenían todo planeado al milímetro, como siempre.

Jacinto les estaría esperando en la carretera para llevarlos hasta la galería donde se exponían las joyas. Esta vez su objetivo era el collar con la mítica “Perla Peregrina”.

Entraron a la inauguración de la exposición con invitaciones falsas proporcionadas por la organización criminal a la que pertenecían. Cualquier fallo haría saltar todas las alarmas.

Todo salió como estaba planeado. Cuando tuvieron el collar en sus manos, miraron a las cámaras de seguridad con sus caretas de Fred Astaire y Ginger Rogers y, como siempre, hicieron su paso de baile.

Regresaron sigilosamente a sus habitaciones. Al día siguiente su hijo y sus nietos le irían a visitar y le llevarían los periódicos del domingo. Saben que a ella le gusta recortar alguna noticia, sobre todo las que tienen que ver con una pareja de ladrones conocidos como Ginger y Fred.

Otra pareja ideal

Otro día más el despertador suena a las siete y media. Ella se dirige a desayunar, como todos los días a la misma hora, al bar de siempre, pero con una actitud diferente porque está deseando que la vuelva a mirar.

Él se levanta con resaca como todas las mañanas. Se mira en el espejo y el reflejo le dice que hoy es su cumpleaños y que no va a recibir ninguna felicitación, porque ya nadie se alegra de su existencia.

Ella da vueltas con la cucharilla al cortado mientras él toma un sorbo de su copa de coñac con la vista fija en el líquido color ámbar. Esa mañana no le ha dedicado ninguna mirada furtiva y ella se siente invisible otra vez. El camarero le pone en la barra la segunda copa de coñac y una magdalena con un fosforo incrustado. Lo enciende y lo llama por el diminutivo de su nombre, como lo llamaría un amigo.

-¡Felicidades, Andro! ¡Venga, sopla antes que se consuma y piensa un deseo!-

Se sorprende al saber que, Pepe el camarero, sabe que hoy es su cumpleaños. Éste le confiesa que lo vio en una carta de propaganda de unos grandes almacenes que se dejó el día anterior encima de la barra donde le felicitaban por su aniversario.

Entonces el “Club de los Perdedores”, que se concentra en el bar de la estación a esas horas, le cantan a coro el Cumpleaños Feliz, mientras de fondo se oye el sonido del metro.

Consiguen que por un momento se olvide de sus miserias y que después de tanto tiempo deseando hacerlo, ese día se sienta menos “mierdoso” y se vea capaz de dirigirse a ella.

Está a punto de abandonar el bar cuando la detiene y le dice, superando su gran timidez, que le gustaría conocerla mejor.

Ella se siente abrumada y perpleja ante la proposición de ese hombre que le mira disimuladamente todos los días y que huele a coñac, a jabón rancio y a fracaso. Y le sonríe.

Mi hermano

“Después de vencer al Capitán Garfio, el barco pirata pasó a manos de Peter Pan y en él llevó de vuelta a su casa a Wendy y a sus hermanos. Despidieron a Peter desde la ventana prometiéndole que siempre la dejarían abierta por si quería volver”

Ese era el cuento que cada día le leía a mi hermano Jaime desde que una enfermedad lo dejó postrado en la cama.

Éramos inseparables desde que nacimos, porque lo hicimos juntos. Compartimos habitación hasta que él estuvo muy enfermo y lo cambiaron a una interior más tranquila.

Llegaba del colegio y lo primero que hacía era ir a verlo. El olor a vómito, alcohol de romero y penicilina, junto con el sonido de su respirador, marcaron mi infancia.

Cuando me acercaba a la ventana que daba a un patio interior que olía a colada limpia, Jaime me decía:

- ¡Alfonso, cuéntame lo que ves!

Mi zona del cerebro encargada de la creatividad se ponía a trabajar.

-Veo al Sr. Ramón del tercero paseando a su perro Lucas- me reía y continuaba- ¡Una ráfaga de viento se ha llevado su sombrero y ahora lo lleva el perro!

Le dije que iba a ser el mejor viaje y le di un beso en la frente.

A Jaime le encantaban ese tipo de chascarrillo.

Le contaba que también veía cómo en los árboles aparecían los primeros brotes y las flores crecían por todas partes.

Le traía alguna margarita y se la ponía en su mano helada. Pensaba que, si le traía un poco del calor de la primavera, mejoraría.

Un día de esa triste primavera en casa había un silencio espeso que flotaba en el ambiente.

Mis padres me abrazaron. Mi madre me dijo con lágrimas en los ojos:

-Ha llegado el momento. Te tienes que despedir.

Entré en la habitación.

-Mira por la ventana y dime lo que ves- me susurró Jaime

-Veo el barco del Capitán Garfio y a Peter Pan-afirmé conteniendo el llanto.

Jaime sonrió débilmente y murmuró:

-Sé que viene a buscarme para llevarme al “País de Nunca Jamás”

Espejos desgastados

Raquel sabía que ese amanecer iba a ser el más triste de su vida.

Preparó el desayuno con el poco queso de cabra que les quedaba, café y una rebanada de pan recién horneado. Su padre se sentó a la mesa apesadumbrado por todo lo que estaba aconteciendo esos funestos días de noviembre. El incendio y la destrucción de una sinagoga, la continua propaganda antisemita en la radio y, sobre todo, la estrella de David que habían pintado en el escaparate de su librería le hacían sentir vulnerable ante lo que él denominaba una “paranoia colectiva” contra los judíos.

Se podían haber ido de Múnich meses atrás. Su hermano y su tío los estaban esperando en París. Ahora era demasiado tarde y no les dejaban salir porque ya no eran considerados ciudadanos alemanes.

Su padre nunca quiso marcharse porque decía que él había nacido allí y que ese era su hogar. Su madre, enferma, pasaba la mayor parte del tiempo en la cama.

Ese día de noviembre amaneció nublado. De repente unos gritos desgarradores en la escalera llamando a su padre le hicieron contener el aliento

- ¡Benjamín! ¡Benjamín! ¡Nos están masacrando! - dijo su tía Alina con lágrimas en su rostro.

Muchachos uniformados con unas SS cosidas en sus chaquetas iban arrasando con todo a su paso.

Raquel vio como tiraban por las ventanas los muebles de sus vecinos, rompían escaparates y empujaban y pegaban a hombres como su padre.

Éste se empeñó en bajar a la librería para intentar salvar algún ejemplar, pero fue demasiado tarde. Habían roto el escaparate y estaban sacando todos los libros para quemarlos. Intentó entrar, pero lo sacaron a empujones y puñetazos.

Raquel quiso impedir que siguieran pegando a su padre, pero la empujaron y cayó de rodillas al suelo. Entre cristales rotos vio su reflejo a trozos, como si se mirara en espejos desgastados.



Queridos fantasmas

Miró por el ojo de la cerradura y creyó ver a un espíritu que salía de las profundidades.

Creció en un pueblo herido, en donde todas las calles tenían un rincón maldito y en cada casa habitaba un fantasma.

La guerra había hecho estragos en el lugar donde vivía y no entendía como de repente un pueblo, que aparecía como una mota de polvo en los mapas y normalmente nadie en este mundo le prestaba atención, se convirtió en un punto estratégico para los diferentes bandos de un conflicto bélico.

Su padre era el cartero y una de las cosas que más le gustaban era ayudarle a entregar las cartas. Los días de más trabajo le daba dos o tres para que ella las llevara a sus destinatarios. Normalmente entregaba las de las casas que estaban en la parte alta del pueblo porque a él le costaba un poco más subir.

Siempre había sido una niña curiosa, a veces demasiado, y sus padres le reñían por ese motivo y le decían: “la curiosidad mató al gato, Elisa”. Ella los miraba con sus grandes ojos color ámbar mientras esbozaba una sonrisa que quería decir: “¡lo siento!;no lo volveré a hacer!”.

Un día llegó una carta que era para Doña Gregoria. Había sido la maestra y ahora vivía su retiro en soledad. En el pueblo decían que se había vuelto loca cuando le dijeron que su hijo había muerto en el frente.

Elisa llamó y no contestó nadie. Estaba a punto de dejar la carta por debajo de la puerta cuando escuchó un ruido. Miró por el ojo de la cerradura y vio lo que creyó que era un espíritu.

Serafín, el hijo de la maestra, salió de una trampilla del suelo y se sentó a comer en la mesa.

El susto le hizo caer de culo contra el suelo. No dijo nada en casa porque sabía que sus padres le reñirían por fisgona.

Con los años se enteró que detrás de muchas de las puertas del pueblo habitaban “fantasmas” que salieron de sus escondites cuando estuvieron seguros de estar a salvo.

Otra copa

Me levanto con sed y ganas de bar. Tengo la certeza que madrugo para beber. Encuentro por casualidad un garito en la estación de Sol. Dentro se encuentran algunos de los “cascotes” que han ido arrojando la noche y la vida.

Está limpio. Me gusta porque el olor a fritanga y lejía que flota en el ambiente mantiene alejados a los ejecutivos que marchan con prisas a esas horas por la estación. Lo sé porque fui uno de ellos. Echo un vistazo rápido. Las cuatro mesas de formica están ocupadas por noctámbulos apurando las últimas copas y por trabajadores de la estación almorzando. En la barra, a esas horas, se encuentran los que toman un café rápido o los que no tienen nada que hacer, como yo, y derraman altas dosis de frustración y victimismo encima de ella.

-¿Qué ponemos?- me dice el camarero enérgicamente.
-Una copa de Soberano- procuro disimular mi ansiedad.

No tengo prisa pero me la bebo de un trago. Siento como el líquido pasa quemándome la garganta intentando aliviar mi alma helada. No lo consigue y pido otra.

¡Ostia!- oigo a mi espalda

Un hombrecillo con traje de conserje me mira con los ojos de susto como si hubiese visto un espectro.

-¿Es usted Leandro Robles?
-No, se ha confundido- le digo avergonzado mirando al suelo. Soy consciente de que las venas de mi cara se han enrojecido aún más y un sudor frío recorre mi espalda.

El hombre lo ha entendido y se va rumiando.

-¡Qué pena! ¡Lo tenía todo, a lo que ha llegado!

En el fondo sabía que tenía razón. Aunque no lo tuve todo, casi fue así. La presión, a la que estaba continuamente sometido, pudo conmigo y me llevó a beber a todas horas para intentar que mi existencia doliera menos. Hasta que mi vida saltó por los aires. Han pasado cuatro años desde que me convertí en un patético fantasma.

Miro disimuladamente a una mujer que hay sentada en el otro extremo de la barra. Presiento que ella también vivió tiempos mejores.



B	E	L	E	N	C	A	B
A	L	L	O	B	E	L	E
N	C	A	B	A	L	L	O
B	E	L	E	N	C	A	B
A	L	L	O	B	E	L	E
N	C	A	B	A	L	L	O
B	E	L	E	N	C	A	B

En esta primera obra recoge algunos de los textos cortos que ha escrito periódicamente, donde da muestras de su creatividad y sensibilidad a la vez que invita, en muchos de ellos, a reflexionar sobre diversos temas de actualidad a través de las situaciones que viven sus personajes. Su estilo es sencillo y directo, y seguro que los giros finales de sus cuentos no te dejarán impasible. Además, las ilustraciones de su amiga Clara Gerona le aportan frescura y color a los relatos.

